

DE LA FILOSOFÍA AL ENSAYO VEGETAL

[FROM PHILOSOPHY TO THE VEGETAL ESSAY]

EFREN GIRALDOⁱ

<https://orcid.org/0000-0003-1513-3618>

Universidad EAFIT, Medellín, Antioquia, Colômbia

Resenha de NASCIMENTO, Evando. *O pensamento vegetal: a literatura e as plantas*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2021.

Si bien *El pensamiento vegetal*, el libro de Evando Nascimento recientemente traducido por la editorial chilena Mimesis, es una obra de filosofía y crítica literaria, una lectura detallada permite ubicar sus aportes en las diversas poéticas autorales que predominan en las preocupaciones recientes sobre el lugar de las plantas en la creatividad humana. Más específicamente, el libro pertenece a una tradición ensayística que ha sabido mirar con atención los fenómenos de inminencia que caracterizan a las artes para abordarlos desde claves imaginativas y personales con el fin de extenderlos a ámbitos que, como el académico, no siempre logran superar sus limitaciones. Siguiendo a Theodor Adorno, como en todo gran ensayo, *El pensamiento vegetal* encarna su propia “sedición contra el espíritu de sistema”, concediendo una especial atención a algo que fue tenido, hasta hace muy poco, por secundario.

Como es sabido, asistimos a una proliferación de estudios, artículos, documentales y libros de tema vegetal en diferentes registros y géneros, y que las plantas se ha vuelto un objeto de estudio más. Aun así, las aproximaciones difieren, y van desde aproximaciones livianas hasta reflexiones juiciosas que, si algún problema tuvieran, es el de haber convertido lo vegetal en un movimiento más en el conjunto de giros de una academia global plegada a la tiranía de la visibilidad. Están, por un lado, las recreaciones que buscan aproximarse a un tema hasta cierto punto inexplorado y atractivo en un escenario literario dominado por la autoficción y el reporterismo. Jardines, herbarios y huertas simplemente se han puesto de moda, quizás como respuesta a inquietudes que no han sido tramitadas políticamente. Por el otro, textos que abordan la cuestión vegetal

desde su complejidad y la necesidad de asumir las implicaciones que el reconocimiento de la subjetividad vegetal trae a campos como la filosofía o la antropología. Son ejercicios “de frontera”, que buscan, de algún modo, proponer una suerte de reacomodo. Esto puede verse en el seguimiento de hipótesis que, transferidas desde la investigación científica “dura”, obligan a un desajuste de las certezas instaladas en el hiato creado entre “las dos culturas”, tal como las caracterizó Charles Percy Snow en 1950. A la vez invitan a algo que sí es relevante: considerar nuevas maneras de entender categorías como agencia, comunicación, inteligencia, asociatividad, que cambian una vez las plantas entran en el diálogo. Están también los textos divulgativos que se adentran en la singularidad vegetal y buscan proveer de anécdotas y datos que cumplen una función recreativa, orientada a aquella curiosidad generada por las cuestiones motivadas por las crisis ambientales. Estas obras preparan una irrupción de cuestiones vegetales que quizás haya que apoyar en su extensión general, antes de ser valoradas más específicamente a través de su real impacto en algún cambio de paradigma.

Junto con contribuciones críticas y divulgativas, de diferente valor, se encuentran textos que exhiben una preocupación más bien esnobista. No me refiero con ello a que exista una suerte de apropiación culta en contraposición a una apropiación popular. Se trata de un tipo de vulgarización que lleva apresuradamente a consolaciones que evaden la dimensión política que entraña el ingreso de las plantas. Allí encontramos muchas veces acercamientos que parten de la dimensión más reconocible de lo vegetal, de la necesidad de una compañía con las plantas, o de una supuesta “armonía con la naturaleza”, lo que nos lleva a los terrenos de la autoayuda y la crítica sin consecuencias. Las plantas sanan, por supuesto, pero esas defensas farmacológicas también dejan la sensación de que falta atender al potencial político que una asociación no utilitaria con lo vegetal implicaría.

Quizás sea necesario, desde la literatura, las artes y la crítica, politizar nuestra relación con lo vegetal, un propósito al que aportan libros como *El pensamiento vegetal*, un libro que, no sobra recordar, fue publicado en Brasil en un contexto de complejidad extrema, la pandemia del Covid 19, lo que explica su tono exhortativo y su cercanía con los estilos de exposición y argumentación del ensayo literario, género “de responsabilidad” si lo hay, en el que resulta necesario un vínculo con la acción social más que con la entronización de un tema o la fijación de una agenda de campo académico.

El grupo de bibliografía reciente a la que más podríamos poner atención en este momento se caracteriza por ir de las cuestiones científicas a las cuestiones de coyuntura, junto con un llamado a transformar el estado de las cosas en ámbitos predominantemente antropocéntricos como el derecho, el mundo editorial, la industria cultural y la misma academia. En este grupo, podrían ubicarse libros que hacen el tránsito hacia una suerte de “ensayo naturalista”, si nos fuera permitida la expresión, en la más clara tradición de Humboldt y Thoreau, donde la aproximación a las plantas es sensible, viajera. En muchos de estos ejemplos, prima la necesidad de aprender de las plantas, un aprendizaje que es no solo estético, pues el asombro ante la forma se da de manera simultánea con preguntas sobre el devenir humano.

Uno de los méritos más importantes de *El pensamiento vegetal* es ser capaz de presentarnos una robusta tradición de obras de creación donde ya se venía expresando una sensibilidad muy especial para y con lo vegetal, antes de que las cuestiones de la flora entraran en las humanidades y lograran algo de trámite en las agendas políticas. Pero más allá de ser parte de una suerte de “tendencia”, importa más valorar allí los ejemplos del arte, algunos de los cuales sirven al autor para mostrar que la inquietud por la flora desborda la simple inscripción verbal. El libro de Nascimento es un trabajo “excéntrico”, en el que se prescinde de la retórica académica.

De hecho, *El pensamiento vegetal* explica bien el modo en que la plástica ofrece unas posibilidades diferentes a la literatura, sobre todo porque estas posibilidades pueden verse a partir de la ruptura con la mimesis operada a finales del siglo XIX por el impresionismo. Acercarse a la génesis de otras formas de pensar plástica y líricamente está uno de sus mayores logros. Múltiple, irradiante, atendiendo a lo que dicen las obras, Nascimento no impone categorías para crear compartimientos estancos, sino que muestra la irrupción de las cuestiones vegetales “como se le van apareciendo”. Las referencias a escritores y escritoras como Caeiro-Pessoa, Calvino, Drummond de Andrade, Giono, Marder, Lispector o Han Kang, o a artistas como Luigi Serafini y Franz Krajcberg, se convierten en compañía de lectura, pero también definen un gesto de “afiliación”, si queremos entender el movimiento de creación de familias de pensamiento y amistad intelectual que siempre encontramos en el buen ensayo, y que Edward Said refiere en su reflexión sobre el mundo, el texto y el crítico (2011, p. 31). Quizás haya que decir, desde ya, que este propósito de vinculación revela su poder generativo, pues el libro termina

invitando a encontrar en otras obras y autores la presencia de preguntas por lo vegetal a las que, de alguna manera, filosofía y crítica han llegado “tarde”.

Junto con referentes más o menos conocidos, el libro hace una suerte de rescate de piezas que o bien están fuera del canon de grandes obras por su tema y orientación o que han sido reconocidas por cuestiones diferentes a la vegetal. Por momentos, no son obras completas, sino fragmentos de prosa y verso en los que latén cuestiones de rica intensidad. Este doble movimiento, el del lector y espectador atento, resulta interesante porque, por un lado, resalta obras que fueron condenadas a una especie de olvido crítico, quizás por la imposibilidad de encontrarles un lugar en los géneros establecidos, pero también por su tendencia a ocuparse de temas marginales y de irrupciones que, a pesar de su potencia, se dieron en espacios limitados, como ocurre con cualquier brote vegetal en una grieta del pavimento. De hecho, parece que la forma ensayística elegida hubiera seguido cierto despliegue vegetal visto en una escritura liberada de las ataduras de la forma canónica de hacer filosofía. También, en la forma crítica y filosofía terminan siendo deudoras de la literatura.

De la organización del libro y sus subsecciones, nunca dominadas por la lógica del tratado académico convencional, me gustaría señalar cómo se manifiesta, junto con una imaginaria argumentativa vegetal, una especie de principio de constelación, en la más plena tradición benjaminiana. Los subtítulos parecen obedecer más a un sistema de ordenamiento emotivo que a una supuesta sistemática del tema. Y también porque la parte anecdótica y autofigural se entreteje con los mismos argumentos, en la más plena tradición inaugurada por Montaigne. En este sentido el libro de Nascimento nos permite asomarnos a la vida del autor, en una clave que supera el exhibicionismo de la autoficción y busca más bien ofrecernos los caminos en que los conceptos se consolidan en una afirmación vital.

La otra clave ensayística de *El pensamiento vegetal* está en que, a partir de su propio asombro ante las paradojas que se le revelan al autor a partir del estudio de las diferentes corrientes de la filosofía (las contradicciones, callejones ciegos e insuficiencias reveladas en Hegel o Heidegger son aleccionadoras), transita hacia una mirada comprometida con un tiempo presente al que critica mostrando la perduración de estereotipos y miradas limitantes. También resaltan otros valores ensayísticos del libro: su inclinación al “gesto rapsódico”, si quisiéramos seguir a José Miguel Oviedo en su caracterización del género

de Montaigne (18); su uso recreativo y poético de las citas; su digresividad elegante, y su insistencia en hablar en primera persona con el fin de recalcar el aquí y el ahora de su ejercicio (en este caso, un contexto político en el que la precariedad del presente humano encuentra resonancia en otras vidas precarias, las de las selvas por ejemplo, dueñas de una doliente voz compañera). Estas dimensiones tienen varios efectos: la performatividad (es un libro que nos va contando cómo nace y se despliega), la intimidad testimonial, la elevación de la anécdota a una dignidad conceptual y la aguda crítica a los lastres históricos con que cargan las palabras.

A continuación, llaman la atención varios temas tocados por *El pensamiento vegetal* que empiezan a resonar en la crítica y la creación. Son, en muchos casos, metáforas o imágenes que iluminan cuestiones hasta ahora en sombras y, en otros, de conceptos robustos que ofrecen rendimiento para afrontar las limitaciones que tiene el estudio de las cuestiones vegetales en la literatura y su ingreso en la política. Es en este punto donde ocuparse de las artes visuales da al libro uno de sus perfiles más interesantes.

El arte moderno, como sabemos por lo menos desde el impresionismo, destronó la historia humana como tema del arte y le concedió a la naturaleza, a la luz y a las formas de lo vivo un lugar mucho más importante que a la historia humana, algo que, con muy pocas excepciones, la literatura solo advirtió mucho más tarde. Como sabemos, la renuncia a la representación de cuerpos y acciones humanas llevó a las artes plásticas y visuales por caminos nuevos, lo que nos dio una enorme cantidad de obras “vegetales” de muchos estilos, mientras que en la literatura de ficción esos caminos transitados por las vanguardias de alguna manera se desandaron, llevándonos de nuevo a la representación antropocéntrica. Si bien esta cuestión exigiría un examen mucho más detallado, me gustaría señalar que el arte contemporáneo es quizás un espacio más propicio para encarar las implicaciones de un “pensamiento vegetal” que el ofrecido por la narración literaria dominante en nuestro tiempo, mucho más atada a los viejos hábitos representacionales. De hecho, en su propuesta de una “fitoliteratura”, hay una ruta muy interesante, pero aún falta ver cómo los ejemplos precursores (Clarice Lispector me parece el más contundente entre los ofrecidos por el autor) permiten una aproximación a paradigmas diferentes, que parecen haberse encarnado por fuera de la novela y el cuento y haber mirado hacia el ensayo y la poesía lírica.

Un aspecto que llama la atención sobre la relación entre escritura y flora es que tiene la ventaja de establecer, más que la posibilidad de una traducción intersemiótica a la Roman Jakobson, la convivencia de dos órdenes vecinos y, en muchos casos, complementarios, que van a más allá de las analogías visuales. La idea de que existe una escritura vegetal o una escritura de las plantas tiene el mérito de anular la distinción entre signos naturales y signos convencionales, algo que, desde los griegos, ha servido de base al pensamiento sobre la lengua y al mismo pensamiento visual del que hemos empezado a ocuparnos en las últimas décadas. Esta idea de escritura de las plantas, que tiene un punto de partida en la neurobiología vegetal, dada la indudable capacidad comunicativa vegetal, indicaría que la preposición “de” alberga una preocupación ya no temática (la escritura vegetal como escritura “sobre” las plantas), sino una coexistencia, y muy probablemente un aprendizaje. La idea de un conjunto de alteridades “vecinales”, como bellamente las llama Nascimento, convocaría una apertura prometedora. Los signos vegetales se articularían con una intervención creativa y formativa sobre el mundo que serviría de alternativa a los paradigmas de subordinación y extracción que han definido nuestra relación con las plantas. Esto, por supuesto, exige una teoría amplia de la escritura, empeño en el que el mismo Nascimento ha insistido en otras ocasiones. Tal esfuerzo se podría hermanar con el intento de conferir a la literatura una decidida dimensión “pensante”.

De hecho, la potente noción de “alteridad vecinal” permite ir más allá del uso de las plantas como tema o como pretexto. Nascimento es claro en indicar que la instrumentalización de las plantas ha resultado funcional a cierta reducción y que en cierta medida resulta necesario aprender de ellas. Si bien reconocemos la potencia de la alteridad vegetal para la filosofía y el pensamiento, es necesario que esta sea “compañera”. En esto, nuestro autor parecería ir de la mano con la idea de que, en lugar de la competencia, noción heredada de Darwin y luego mal aplicada a la teoría social con las consecuencias que todos conocemos, las plantas se inclinan por una cooperación y una solución de problemas del ambiente que nos demuestra su notorio comportamiento como “inteligencias de enjambre”. Ahora bien, pese a este reconocimiento, parece necesario no renunciar a la opacidad del mundo vegetal, de mantener su capacidad de sostenerse en un universo del que necesariamente se obtienen respuestas solo al hacer determinado tipo de preguntas, precisamente aquellas que no están condicionadas por el

lente especista y la mentalidad acostumbrada a una relación con las “riquezas de la naturaleza”. No se debería buscar, entonces, así sea metafóricamente, algo así como “los secretos de las plantas”. Resulta mejor aprender de ellas y de su comportamiento, lo que nos lleva a una de las más sugerentes posibilidades señaladas por este y otros libros importantes que se han escrito recientemente sobre lo vegetal: la posibilidad de que las plantas sean modelos de escritura y creación.

Una cuestión adicional que resulta llamativa es la relevancia que adquiere en el libro de Nascimento la idea de que las plantas permiten postular un “archivo vegetal” o, más generalmente, un “archivo vivo”. Como se sabe, la noción de archivo tiene una fuerte presencia en historia del arte, crítica y museología, al punto de que se reconoce en el archivo un verdadero paradigma, tanto para la teoría como la práctica del arte. Aun así, la memoria y la relación con los acontecimientos traumáticos de la historia parecen haberse convertido, en muchos casos, en una suerte de tema de comparsa para la marcha del mercado del arte y el mercado editorial contemporáneos. Lo que me parece interesante en el planteamiento de Nascimento es la capacidad de observar en las plantas un archivo alternativo al archivo cultural, lo que obliga a considerar las posibilidades de comprender la memoria vegetal en un marco que implicaría la búsqueda de una suerte de aumento de la vida a través del arte. Este aporte nos abre la posibilidad de comprender muchas obras bajo la presencia del archivo bioinspirado, que piensa y crea bajo otras líneas operativas y que admite la cooperación interespecie. Quizás, en un guiño derrideano, haya que tomar nota de que, a los arcontes, facultados para custodiar e interpretar el archivo, les corresponda abrirse al futuro vegetal y al archivo vivo que portan los árboles, por ejemplo, los *hibakujumoku*, que en Japón lograron rebrotar después del bombardeo atómico y guardaron trozos y despojos, o como el herbario de Chernóbil, objeto por la misma época del libro de Nascimento de un proceso de resignificación por parte de la fotógrafa Anaïs Tondeur. Es allí donde la aproximación de Nascimento a la obra escultórica de Franz Krajcberg resulta reveladora de una relación cara a cara entre humanos y no humanos.

La idea de holocausto de las plantas u holocausto vegetal es también suficientemente provocadora para dar una vuelta de tuerca a la pregunta por la solidaridad con los otros vivientes y la oscura certeza de que nuestro destino como humanidad está unido al de otras criaturas y entidades. La figura del holocausto, bajo las figuraciones de la extinción y el apocalipsis, como sabemos, es una de las claves fuertes de interpretación

ficcional de la realidad, y en tal sentido parece una idea apta para abordar ficciones sobre y con lo vegetal.

Por tanto, resulta muy útil hacerse eco de una reflexión que atraviesa todo *El pensamiento vegetal*, la de que hay una suerte de injusticia en el lugar secundario que se le ha dado a la flora en la historia del pensamiento. De hecho, el libro termina haciendo una vindicación e insinuando una especie de programa que quiero resaltar aquí porque nos lleva a los terrenos donde el ensayo se siente más a gusto, allí donde la experimentación y la acción sobre la marcha de la vida social definen el principal objetivo de la literatura. De hecho, la injusticia con las plantas habla más de las dificultades que tienen las humanidades, la academia y las artes para reconocer lo que realmente importa que de nuestro mismo reconocimiento de esa importancia en la vida misma. Me explico: salvo con contadas excepciones, reconocemos la importancia de las plantas para la vida, pero esa importancia no parece haber transitado a un mejor reconocimiento en la cultura letrada y, sobre todo, en el tránsito al derecho, que solo muy recientemente ha sufrido su propio descentramiento para admitir a entidades no humanas, ríos, bosques, su condición de sujeto de derechos. Es como si, aun identificando la importancia de las plantas y los hongos para nuestra supervivencia, fuéramos muy lentos en reconocer un estatuto claro en su representación y su presencia. En este contexto, una teoría amplia de la literatura, animada por el ensayo naturalista, debería poner en el centro la bioinspiración, si es que es posible que aprendamos de las plantas y su manera de estar en el mundo. De alguna manera, nuestra idea de acción, nuestra concepción de destino y acaso nuestra idea de personaje y entidad narrativa debería admitir de una vez por todas el lugar preponderante de las plantas como aumentadoras de la vida.

Me gustaría recordar que el mismo Nascimento reconoce la dimensión experimental del ensayo, que se estima cada vez más necesaria para recuperar a las humanidades de su anquilosamiento, como recordó Samuel Weber en aquel texto escrito como respuesta al texto de Derrida, o como puede rastrearse hasta una de las poéticas del ensayo, la de Max Bense, que define muy bien en el seno del ensayismo el interés por el tanteo y la exploración. De la propuesta de Weber y la definición de Bense, me interesa subrayar varias cosas: el ensayar como proceso, el hallazgo del tema en la misma escritura, la experimentación con los conceptos y la idea de configuración. En este contexto, el ensayo de Nascimento aparece muy claramente como una interrogación que

va a los aspectos fundantes de la literatura y la creación y que extrae de su presencia dentro de las ideas sociales un papel para ser seguido en el futuro.

Finalmente, unas cuantas palabras sobre la ficción. Más o menos desde tiempos de Aristóteles, hemos vinculado el propósito de la ficción con la representación de las acciones humanas: *mimesis praxeos*. Esto dejaría por fuera la posibilidad de que otros vivientes tuvieran algún lugar protagónico, condenándolas a dos espacios señalados por Nascimento: por un lado, el fondo, el decorado, y por el otro la dimensión simbólica. Más allá de la discusión activada por la relación entre *mimesis* y *mythos*, quiero señalar la agudeza de la afirmación de *El pensamiento vegetal* de que las plantas fueron expulsadas del banquete filosófico, pero que, quizás, ante las circunstancias que vivimos se podría aguardar muy pronto su retorno. Este retorno tendría que permitir la apertura no solo a nuevos ejercicios del pensar (los del ensayo más que los de la filosofía académica) y a programas y desarrollos sociales que se atrevan a dar a las plantas ese lugar necesario e inminente. Para esto, la ficción está más que preparada, dado que puede usar dispositivos que no solo describen el mundo, sino que nos permiten operar cambios sobre él, ya que, como dijo Frank Kermode,

existen los verdes pensamientos de la fantasía que se ocupan sólo de proporcionar a cada uno un adecuado equivalente mental, sino además de proyectar los deseos de la mente sobre la realidad. Cuando las ficciones cambian, por tanto, el mundo cambia con ellas. Esto es lo que quiso significar el poeta cuando afirmó que la poesía moderna era “el acto de encontrar/lo que será suficiente”. (Kermode, 2000, p. 49)

Referencias

- ADORNO, T. *Notes on Literature*. New York: Columbia University Press, 1991.
- BENSE, M. *Sobre el ensayo y su prosa*. México: Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos: UNAM, 2004.
- KERMODE, F. *El sentido de un final*. Barcelona: Gedisa, 2000.
- OVIEDO, J. *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. Madrid: Alianza, 1990.
- SAID, E. *El mundo, el texto y el crítico*. México: UNAM, 2011.

SNOW, C. *The two cultures*. New York: Cambridge University Press, 1959.

WEBER, S. El futuro de las humanidades. Experimentando. *Co-Herencia*, Universidad EAFIT, Medellín, volumen 11, número 20, 2014, p. 13–38.

Recebido em: 24/10/2024

Aceito em: 13/05/2025

ⁱ **Efrén Giraldo** es escritor y Profesor Distinguido de la Universidad EAFIT, en Medellín, Colombia. Es autor de varios libros, entre ellos, *Sumario de plantas oficiosas* (ed. Luna Libros, 2023, traducido al portugués por ed. Fosforo), y *Caminos del moriche: cuaderno vegetal de La vorágine* (ed. Luna Libros, ed. Laguna Libros, 2024). **E-mail:** egiral25@eafit.edu.co